

'Nada-Ser' en el Pensamiento Argentino

Antonio Enrique Kinen

En estos últimos años, en la Argentina, varias jornadas y encuentros estuvieron destinados al tratamiento de la cuestión del sentido, la función y la finalidad de la filosofía¹. Ya han sido pregonadas varias muertes de la filosofía, pero ella, obstinada, sigue estando entre nosotros. Su pervivencia, en parte, está dada por un fenómeno de inercia: al existir institucionalmente espacios para un quehacer en su nombre –facultades, cátedras, cargos de investigador, etc.– ella pasa a darle trabajo a un cierto número de individuos, pese al escepticismo reinante; por su parte, otro grupo de personas demandan su existencia porque a través de ella se “defiende” la vigencia de ciertos valores, intereses o lo que fuere; y, finalmente, ella sigue estando entre nosotros porque responde a una necesidad de reflexión y a una necesidad de poner en crisis certezas oficialmente consagradas.

Como se sabe, la crisis de la filosofía es universal; sin embargo, tiene entre nosotros una significación muy especial, la cual procede de la escasa responsabilidad de nuestros intelectuales para con nuestra comunidad y con el destino de nuestros pueblos.

¿Qué sentido tiene el seguir ocupándonos hoy con la filosofía?

Ya en el siglo pasado parecía que su fin había llegado. La marxiana tesis XI sobre Feuerbach, señalando que lo que los filósofos habían hecho era interpretar al mundo y que lo que interesaba era transformarlo, indicaba un camino por el que la realización de la razón significaba la supresión de su uso meramente teórico. La filosofía, a lo sumo, funcionaría como teoría de la praxis o guía de la acción revolucionario-transformadora.

El afianzamiento de las ciencias naturales y la aparición de las ciencias sociales y de la cultura significaron el surgimiento de ámbitos racionales desde los cuales adecuadamente se daba explicación del mundo, del hombre, de la sociedad, etc.; con lo cual, desaparecía para la filosofía la legitimidad de decir algo al respecto. La filosofía se queda sin un discurso propio, y si desde ella se quería hablar había que hacerlo apelando al auxilio del lenguaje científico.

Parecía quedar un ámbito para la filosofía: el tratamiento de su propio pasado. La filosofía se reduciría a la historia de la filosofía; no teniendo un tiempo presente propio le corresponde ocuparse del pasado.

El vacío creciente dejado por la fe religiosa le daría otra posibilidad; en una época en la cual ha advenido la "muerte de Dios" y no es la religiosa la convicción primordial, la filosofía es solicitada para que funcione como sustituta de la religión, esclareciendo la existencia y aportando un saber de salvación.

En nuestros días, paralelamente con la cuestión del lenguaje, la preocupación filosófica parece coincidir con ciertas etapas de la filosofía antigua, aquellas en las que lo que interesaba era la cuestión ética y el saber vivir; según mi percepción, la filosofía práctica es el centro de la filosofía actual.

No es mi intención, aquí, plantear en detalle la cuestión de qué sea la filosofía y, a partir de allí, cuál sea su sentido y/o función.

Participo de la convicción de que la filosofía es un bien –con significación social– cuyo cultivo se justifica no sólo por el estudio de su pasado sino por la fecunda y perenne actualidad que tiene como "origen" lo que actuara en sus comienzos, allá en Grecia: el amor al saber y a la verdad apelando a la razón.

Como amor, la filosofía es tendencia hacia lo absoluto significado por el término sabiduría o verdad; pero simultáneamente es relativización de todo lo

que pueda ser dicho o enunciado en relación a la sabiduría o a la verdad. Y ello, por la finitud del hombre y, hoy debemos decir, por su historicidad. Por esto en la filosofía hay un no abandonarse a las apariencias y a la "sabiduría convencional" y un saber sospechar.

Esa tensión hacia lo absoluto en el saber, acompañada por la certidumbre de que el saber absoluto nunca es alcanzado se expresa en el primado de la dimensión crítica. El filosofar como saber crítico nunca permite que nos instalemos en lo positivamente adquirido; nos impulsa a ir más allá y con ello es un factor constante de ruptura y de apertura hacia el futuro. Hay una dimensión emancipativa en la filosofía que, apuntando hacia el futuro, sin embargo nos exige que sigamos estando en diálogo con los grandes pensadores del pasado, quienes aún siguen hablando.

La racionalidad crítica nunca se agota en lo que positivamente se puede expresar en las positivas concreciones racionales de la ciencia. Hay un plus que, sin constituir un tribunal por encima de las ciencias –quizá podría decirse que ellas funcionan como paradigma– sirve para no reducir el uso de la razón a un mero cientificismo.

Esto no significa una descalificación de las filosofías científicas o de las filosofías que se dedican a la ciencia, sino que señala que además de ellas hay sitio para filosofías que corren de distinto modo y que se refieren a otros temas (y que a veces se adelantan al tratamiento científico planteando problemáticas nuevas). La reducción de la racionalidad al cientificismo significaría apresar al *totum* de la racionalidad identificándolo con el que positivamente –de hecho– se expresa en las ciencias en un determinado período histórico.

La filosofía se constituye manejando el concepto. Sus formulaciones, cuando son logradas, tienen *valor* universal; sin que esto niegue el carácter situado de su universalidad.

En la amplitud de sus temas –que en su tratamiento se determinan como filosóficos en relación al pensar del ser– existen cuestiones que por su *naturaleza* son universales y otras que son expresivas de una singularidad histórico-cultural (lo cual no obsta para que sean universalmente significativas). Cuando Adorno se pregunta por lo que significa ser alemán y si es posible seguir filosofando de la misma manera después de Auschwitz, allí está planteando algo que interesa directamente a los alemanes pero que habla y le dice algo a todos los hombres.

Decía que la filosofía es tensión hacia lo absoluto y simultáneamente relativización de todo lo que pudiera ser dicho al respecto; cabría añadir que ello no ocurre en un discurso abstracto, se cumple en el seno concreto de una comunidad, de la cual forma parte el pensador.

Son muchas las maneras posibles de hacer filosofía en la Argentina. Entre ellas, a mi juicio, hay una que es ineludible: plantearnos la cuestión de quiénes somos en tanto pertenecemos a una determinada singularidad histórico-cultural. Si en el comienzo de la filosofía apareció como un imperativo el delfico “conócete a ti mismo”, hoy aquí, con esa tarea estaríamos respondiendo a él.

Decir quiénes somos histórico-culturalmente solicita el evitar fáciles substantivaciones y realizar diversas mediaciones: una de ellas es reconocer cuál es la auto-comprensión histórico-cultural dada en autores oficialmente relevantes en el pensamiento nacional.

Quisiera señalar una conjetura a partir de la cual es posible entender a un conjunto significativo de autores. Se trata de pensadores en los que se expresa una determinada comprensión de la propia realidad histórico-cultural y/o del ser americano. Se conjetura que la obra de pensadores como Sarmiento, Alberdi (quizá no en todos su períodos), Martínez Estrada, etc., puede ser leída como un mito fundacional en el que, contrariamente a lo que acontece en otros contextos históricos, el logos originario que está en la base no es el que se manifiesta en la oposición Caos-Cosmos sino en la contraposición Nada-Ser.

Kusch, en alguna oportunidad, ha considerado al *Facundo* como un mito de fundación, aunque sin plantear la cuestión de la preeminencia de la oposición Nada-Ser sobre la oposición Caos-Cosmos.

Cuando se trata de interpretar nuestra América es común, en una historia del pensamiento, encontrar un esquema explicativo de carácter bipolar, el más famoso de ellos se halla en el *Facundo* y se manifiesta en la contraposición Civilización-Barbarie.

El uso de las categorizaciones dicotómicas se da en todas las latitudes y tiempos. En la mayor parte de los casos se justifica por la dificultad de dialectizar el pensamiento. Pero en la Argentina las dicotomías tienen una rotundidad tal que invitan a indagar por la matriz que las engendra. Las dicotomías son expresión de nuestra conflictividad histórico-social donde las antinomias parecen imposibles de superar; ellas en los escritos se presentan con un carácter tan radical que invitan a pensar en la oposición Nada-Ser. La oposición Nada-Ser, por ello, no solo favorecería un determinado proyecto histórico que se querría imponer, sino que expresaba y expresa una conflictividad cultural en la cual no hay suficiente asunción de la historicidad.

La versión más difundida de lo fundacional, en las diversas culturas, se encuentra en un logos originario que se expresa en la oposición Caos-Cosmos. Se trata de entender cómo desde el Caos adviene el Cosmos; cómo desde lo informe adviene el orden. Caos y Cosmos no se oponen absolutamente; el cosmos está incoado en el caos, está en potencia en él. Entre caos y cosmos hay continuidad histórica (devenir); del caos originario puede surgir el cosmos.

Por el contrario, la oposición Nada-Ser es una oposición absoluta. Como de la nada, nada deviene, se debe postular un factor exterior todopoderoso (ya que no hay devenir sino irrupción del ser). Por pensarse los antagonismos de modo tan radical, se tiende a pensar que el cosmos (es decir, la civilización) en América no es educible desde lo existente.

Pero la "nada" americana no es abstracta, es una nada "concreta". Es aquello existente que no sirve para nada o que es como nada en relación a las exigencias de un determinado proyecto. Cuando se juzga a los indígenas como ineptos para la civilización o se juzga que los criollos están históricamente tan atrasados que no pueden "ponerse a las alturas de los tiempos", se está diciendo que son *nada* en relación al proyecto civilizatorio.

Si fueran una nada abstracta (si no existieran) no plantearían problema. Al constituir una "nada" concreta, que está presente en la vida del país, pasan a ser una "nada" que debe ser doblegada y negada para que pueda irrumpir el Ser gracias al carácter casi omnipotente de quienes acometen la tarea de la civilización y la modernización. Cuando esto acontece el logos operante no se conforma con la relación:

posibilidad-realidad

potencia-acto

caos-cosmos;

pasa a ser un logos que niega la continuidad entre:

posibilidad y actualidad

potencia y acto

caos y cosmos;

y, de este modo, al negar un real devenir hace que exista:

una posibilidad depotenciada

una potencia impotente

un caos insuperable.

Como de la "nada" nada se hace (y no es posible divinamente crear) entonces para que haya "realidad", acto, cosmos, "civilización", es necesario traer "desde fuera" el ser y la civilización *implantándolas* en una posibilidad depotenciada, en una potencia impotente, debiéndose exterminar al caos insuperable.

El hecho de que el "Ser" no pueda provenir desde algo potencialmente apto sino que aparezca "desde afuera" implantándose en lo autóctonamente

americano hace que la América autóctona tenga que ser constantemente negada o reprimida, para que por sobre su pura "materialidad" cobre forma la civilización.

Si bien es Sarmiento quien ha difundido con mayor fuerza la clásica dicotomía, no es él en quien la "nada" americana se exhibe con mayor nitidez; es en contraposición con el "ser", en cuya victoria entusiastamente cree Sarmiento, que lo americano pasa a ser una nada. En Martínez Estrada, por ejemplo, la "nadidad" de lo americano es tan subrayada que surge el descreimiento con respecto al triunfo del "ser". En Caturelli, quien pertenece profesionalmente al campo de la filosofía, la contraposición Nada-Ser aparece con la escuetez de una visión estereotipada.

Sarmiento, en el *Facundo*, en alguna ocasión valora positivamente alguna cualidad del hombre americano (del criollo), de modo tal que quisiera verla existir en el futuro hombre argentino, aquel que resultará de un fuerte torrente inmigratorio europeo; sin embargo, el "atraso" americano es tal que desde lo "americano" no puede surgir la civilización; la civilización no sólo requiere de lo "europeo" sino que requiere para su efectivización de una masiva llegada de inmigrantes europeos. En tal sentido, la dicotomía sarmientina es rotunda e inspirará a todo un conjunto de escritores posteriores, quienes, luego de comenzar la inmigración a fortalecerse, pensarán que lo criollo o indígena no forma parte de la Argentina —son remanentes de un pasado bárbaro—.

En el siglo XX, en torno a la época del Centenario, se celebra el triunfo de la civilización; la "negatividad" americana parecía haber quedado oficialmente atrás. Sin embargo, muy poco tiempo después comienza a surgir el desencanto: una muy caracterizada expresión literaria de éste es Martínez Estrada. Para entonces el conde Keyserling charlatanamente había dicho que América no pertenecía al Cuaternario sino al Terciario y que los "telúricos" americanos teníamos la frialdad de los reptiles.

Martínez Estrada ya no participa de la confianza sarmientina; la civilización europeo-argentina no es fácilmente creíble. Los inmigrantes europeos son también una negatividad en relación al Ser; no sólo porque no provenían de las regiones nórdicas de Europa sino porque se habían contaminado por la "negatividad" americana. La geografía –reaparece cómo Martínez Estrada en su *Radiografía de la Pampa* pampeaniza al país– parece tener una horma que barbariza a quien está en o llega al país; el optimismo sarmientino que creía en el triunfo de la civilización se torna en el reconocimiento de que lo "americano" es tan fuerte que tiende a absorber lo "europeo". La oposición Nada-Ser, en el caso de Martínez Estrada, no se queda en ser expresión del conflicto histórico-social (vinculada con proyectos socio-económicos), sino que pasa a ser expresión del vaciamiento de nuestra historicidad como tal. Sus cuadros de épocas y actores licúan la posibilidad de una trama en el tiempo tejida por los hombres.

La "América Bifronte" de Caturelli es la mostración descarnada de la "lógica" que subyace a las dicotomías de buena parte de los pensadores argentinos. En el caso de Caturelli pareciera estar actuando como "paradigma" la concepción antropológica escolástica que le es propia. Según tal concepción, el hombre es un compuesto substancial de materia y forma, en el que la forma es una realidad sustante de tipo espiritual no contenida en potencia en la materia y por tanto no educible desde ella. El cuerpo humano es cuerpo humano por estar informado por una "realidad" no material (el espíritu), la cual por no provenir de lo corpóreo es creada por Dios para cada uno de los individuos. De un modo semejante, el Espíritu (y con él los principios civilizatorios) no está, ni siquiera en potencia, en América. Europa es el continente del Espíritu. Para que haya Espíritu en América es necesario que *desde fuera* sea implantado en lo americano; pero de un modo tal que constantemente hay que cuidar que América no se fagocite a ese Espíritu que, viniendo de Europa, la hace pertenecer a la historia.

Sospecho que la prevalencia de la oposición Nada-Ser por sobre la oposición Caos-Cosmos no es una inocente "lógica" que meramente subyace a ciertos textos y escritos argentinos. Sospecho que es expresión no meramente

de un divorcio entre el pensamiento ilustrado y/o "culto" sino también de una negación de lo "otro" que no entra en los proyectos dominantes; por ello el doblegamiento de la "nada" americana puede terminar significando el recurso fácil al aniquilamiento. Quizá tenga que ver con una cierta "necrofilia" que, de tanto en tanto, se manifiesta.

Nuestra sangre abundantemente derramada, en años tremendos que todavía siguen estando muy próximos, testimonia cómo las antinomias en el país son jugadas de manera absoluta, en términos de ser o nada.

La necesidad, colectivamente experimentada, de una convivencia en la que la continuidad histórica no sea negada y en la que haya cauces para la biofilia, no puede responderse sólo a través de un fácil "irenismo". Necesitamos adquirir comando sobre nuestros propios procesos histórico-sociales, en un país en el cual el hombre argentino presenta diversos tipos humanos y en el cual la geografía se prodiga en una multiplicidad de formas.

"En el principio no fue la nada, como reza la Biblia, sino el caos, como dice la mitología. De la nada, no sale nada, salvo por la arbitraria decisión de un ente superior; pero del caos sí puede surgir el orden." (L. Zea)

Notas

¹ El presente "escrito" responde a una ponencia presentada en las "Primeras Jornadas de Filosofía del NOA", realizadas en San Miguel de Tucumán en mayo de 1987 en torno al tema "Sentido y función de la filosofía hoy".